

RAMIRO LEDESMA RAMOS IRRUMPE EN LA POLÍTICA ESPAÑOLA Ceferino Maestú

El 14 de marzo de 1931, un mes antes de la proclamación de la II República, se publicó en Madrid el primer número de la revista política: *La Conquista del Estado*. Al frente de ella, Ramiro Ledesma Ramos que, así, aparecía en la vida política nacional, con un pequeño y heterogéneo colectivo de jóvenes universitarios.

Hijos de la rebeldía nacional de la generación del 98, influidos por los desastres de la guerra de Marruecos, defraudados por la experiencia seudo fascista del General Primo de Rivera, deslumbrados por el éxito de los nacionalismos europeos de la posguerra, sentían la esperanza del acierto histórico, con voluntad de autenticidad.

Juan Aparicio, secretario de aquel grupo editorial, en el prólogo de la antología de textos publicada en 1939, comentaba: "Ramiro Ledesma Ramos era un nombre desconocido para la masa popular, aunque no más desconocido que otros nombres de los cabecillas asaltantes de la República". De sus amigos y colaboradores, descubrimos algunos rasgos de su fuerte personalidad. "Nació en Alfaraz (Zamora), bajo el lar celtibérico del guerrero Viriato, númen de su familia, aprendió la dureza del pan y de la cultura al recibir ambas mercedes tutelares por su abuelo paterno, don José Ledesma Pollo, que sirvió al Rey siendo analfabeto, y luego fue el maestro más famoso en varias leguas alrededor de Torrefrades. Entonces vivía Ramiro en Torrefrades, jubilado el abuelo y sustituido por el padre de Ramiro en el magisterio rural. Soñaba allí, reconcentrado, con un mundo distinto al hosco y cerrado horizonte sayagués, con una libre y salvaje aventura. Mas tarde quiso ser, cual Sacha Yegulev, el héroe juvenil y desgraciado de la novela de Andreiev: pero a los quince años era preciso que opositara a una plaza de oficial de Correos, y a Madrid vino con una mirada entre brava e ingenua, calzón corto y medias campesinas". En tres convocatorias, aprueba todas las asignaturas del Bachillerato y se matricula en la Universidad Central. Sus compañeros de Correos le recordaban como un muchacho taciturno que aprovechaba cualquier momento de descanso en el reparto de correspondencia, en la gran sala del Palacio de Comunicaciones de Madrid, para escribir o leer, y hablar poco con los demás.

Santiago Montero Díaz, su amigo y colaborador de la primera hora, y hombre fiel a su recuerdo, proclamado desde su prestigio en la Cátedra de la Universidad, decía de él: "No se podrá concebir a Ramiro Ledesma sino como un alma apasionada. Esta pasión se expresó de una manera arisca y ardiente en las obras de su más temprana iniciación literaria y de una manera fría y rigurosa en tareas y escritos filosóficos. Pero en aquella prosa juvenil y en la disciplina de su producción posterior hay, bajo formas bien distintas, una pasión idéntica y verdadera. Bajo una forma atildada, correcta y académica, el universitario Ramiro Ledesma ocultaba el mismo fuego interior que, pocos años antes, se había manifestado de manera pujante y desbordada. Durante cinco años, fervorosamente, se entrega al conocimiento filosófico y a las disciplinas auxiliares. Una actividad sin desmayos, un tesón incansable y tenaz, le permiten adueñarse de extraordinarios recursos para la vida intelectual. Al mismo tiempo, se adentra con éxito en el dominio de las lenguas nobles, depositarias tradicionales del saber europeo. Largas horas de estudio, generosamente consumidas en la Facultad de Filosofía y Letras y en el ambiente apacible de la Biblioteca del Ateneo de Madrid, le proporcionaron un amplio caudal científico, una de las más eficaces y vastas culturas logradas en su generación. A la preparación filosófica unió, muy pronto, una sólida formación matemática... Ramiro se había dotado no solamente de una cultura extensa y vivaz, sino también de una férrea disciplina interior, de una intachable probidad. Y, en función de esa disciplina de la voluntad y de la inteligencia, se había creado un estilo personal, inconfundible..."

Stanley G. Payne, el historiador norteamericano, autor de *Falange. Historia del fascismo español*, ha divulgado una imagen de Ramiro mucho menos brillante que la del periodista Juan Aparicio y que la del prestigioso catedrático Santiago Montero Díaz. De él dice Payne: "Empleado de Correos y a ratos estudiante de filosofía, Ledesma era un joven

brusco, taciturno y poco sociable... Ledesma empezó interesándose por la filosofía alemana y trató de obtener el título de Licenciado en Filosofía por la Universidad de Madrid. Alrededor de 1930 publicó algunos ensayos inteligentes, pero sin gran originalidad, sobre diversos aspectos del pensamiento alemán, en la *Revista de Occidente*, de Ortega y Gasset, y en la *Gaceta Literaria*, de Giménez Caballero. Sin embargo, cuando Ledesma llegó a los 25 años, la filosofía pura había perdido mucho interés para él. Deseaba evadirse del mundo sin vida de la Metafísica para sumirse en la febril atmósfera de una política radical, orientada según una ideología bien determinada; tenía vehementes deseos de aplicar las ideas abstractas a las cuestiones prácticas". "Cuando sus concepciones políticas empezaban a cristalizar, Ledesma no tenía muchos amigos que pudieran reunirse en torno suyo. Su aspecto desaliñado —añadía Payne— su carácter obstinado e insociable no atraían a los intelectuales. Pero estaba obstinado por la idea de crear un partido fascista y al final encontró a diez discípulos o colaboradores, aproximadamente de su misma edad (veinticinco años)".

"Así como Viriato forma su guerrilla con oscuros campesinos sayagueses y pastores de la Lusitania —describe Juan Aparicio— su paisano Ramiro Ledesma comenzó a buscar la partida que necesitaba, los once firmantes del primer manifiesto de *La Conquista del Estado*... La nota común a esta retahíla de personas dispares era su juventud y su procedencia universitaria. Puede afirmarse que pocos comprendieron lo que quería Ledesma cuando firmamos nuestro Manifiesto Político —en un local sin muebles de la Avenida de Eduardo Dato nº 7— (en la actual Gran Vía de Madrid), a la luz vacilante y menguada de un cabo de vela. Ramiro Ledesma necesitaba apoyarse en un grupo, aún provisional y transitorio, para lanzarse a la política...."

Respaldando a *La Conquista del Estado* además de Ramiro Ledesma y de Juan Aparicio, aparecían al pie del Manifiesto, los nombres de Ricardo de Jaspe Sanromá, Antonio Bermúdez Cañete, Alejandro M. Raimúndez, Antonio Riaño Lanzarote, Ernesto Giménez Caballero, Manuel Souto Vilas, Francisco Mateos González, Ramón Iglesias de Parga, Roberto Escribano Ortega. Sin embargo, el grupo no se mantuvo unido mucho tiempo.

Juan Aparicio, por un lado, en el prólogo a la Antología de textos publicada en 1939, y Ramiro Ledesma, en su libro *¿Fascismo en España?*, hacen la semblanza de cada uno de ellos, en los siguientes términos:

"Ricardo Jaspe era un soñorito monárquico andaluz, de ademanes sajonizados y carácter pero el director (el propio Ramiro), que lo conocía bien, no se molestaba mucho en tranquilizarlo, encomendando esta función a la mecanógrafa de la Administración que lo hacía a maravilla, con sólo ser puntual en la entrega de los 25 duros mensuales que percibía Cañete". Y Aparicio añadiría: "Antonio Bermúdez Cañete, que ha muerto asesinado como Ledesma en el Madrid rojo (durante la guerra civil), era un temperamento exasperado y violentísimo, a pesar de su educación populista y de sus estudios económicos que le exigían ecuanimidad y aplomo; colaboró sobre temas de su especialidad en los 23 números de *La Conquista del Estado*, y tradujo antes que nadie en España varios capítulos de *Mein Kampf*, de Adolfo Hitler, que proyectábamos editar bajo el título de *Mi batalla*. Alejandro Raimúndez recibió sólo tres líneas de Roberto Lanzas, seudónimo de Ramiro: "era un gallego inteligente e irónico, un tanto escéptico como buen ateneísta, que luego, más tarde, creemos se afilió al lerrouxismo". Ejercía las funciones de administrador y de redactor de temas económicos.

Antonio Riaño, según Juan Aparicio, era un muchacho deportivo que procedía de la F.U.E. (organización universitaria izquierdista) y que se fue para fundar con otros universitarios el fracasado Frente Español. Ramiro comentaría brevemente que era "hijo de un militar republicano a quien Azaña agregó a la embajada de Londres". En la revista cuidaba los temas estudiantiles.

Ernesto Giménez Caballero era, sin duda, el más conocido de los firmantes del Manifiesto. Aparicio diría de él: "amigo leal de Ramiro Ledesma hasta la última hora y dispuesto siempre a prestarle su consejo y su ayuda en ocasiones posteriores, permaneció escaso tiempo en *La Conquista del Estado*, pues marchó al extranjero...". Por su parte, Ramiro añadiría: "Giménez Caballero ha alcanzado luego, con sus libros *Genio de España*

(1932) y *La nueva catolicidad* (1933) relieve europeo, como uno de los más profundos y sagaces interpretadores del fenómeno fascista”.

“Manuel Souto Vilas es un catedrático de filosofía gallego, compañero de Ramiro Ledesma cuando desentrañaban juntos a Heidegger y a Huserl, propicio siempre a la defensa de una noble causa, con ademanes y prosodia de campesino galaico, aunque también dispuesto a fantasmagóricas aventuras, como la de dedicarse a la piratería contra los navíos británicos en las costas gallegas”. Esto escribió Juan Aparicio mientras que Ramiro Ledesma pronunciaba el elogio de él con estas palabras: “Propagó con todo entusiasmo en Galicia las consignas del periódico y ha sido, y es aún, uno de los que con más honradez, capacidad y consecuencia defienden la bandera nacional-sindicalista”.

Francisco Mateos González era el dibujante. “Llegó... con un desenfado de hombre que ha vivido mucho —decía Juan Aparicio—, que ha viajado más y se dispone a utilizar su sarcástica experiencia como una bomba de dinamita. Aseguraba que había participado en las insurreccionales jornadas munitenses de 1919, a las órdenes del judío Kurt Eisner; pero lo cierto es que su fanfarria sevillana se polarizó una semana antes del 14 de abril hacia el bando de los vencedores...” De este personaje contaba, asimismo, Ramiro que: “Había estado mucho tiempo en el extranjero y tenía un historial político fuertemente extremista. Admiraba mucho a Gross, titulándose su amigo y, a creerle, había sido un héroe comunista, junto a Ernesto Toller, durante las jornadas rojas de Munich, en 1919. Mateos, que frisaba los treinta y seis años, era el redactor de más edad y ello, unido a su tendencia a la melancolía búdica, le proporcionaba ante los demás una gran autoridad. Dibujaba una sección, titulada Comicios, de gran fuerza satírica. Pero Mateos, con gran sorpresa de todos, reveló de pronto una tendencia insuperable a escribir. El director, que admiraba mucho sus dibujos, arrinconaba, en cambio, las innumerables cuartillas que Mateos ponía en sus manos. Esto debió molestarle profundamente, y, un día, a los dos meses escasos de estar en el periódico, aprovechó la ocasión de que Ledesma le pusiese reparos a un dibujo para abandonar *La Conquista del Estado*. A los pocos días comenzaba Mateos a dibujar en *La Tierra*, y también a publicar larguísimas informaciones y reportajes”. “Ramón Iglesias de Parga —o sea el camarada R.I.P.—, tengo la certidumbre —decía Aparicio— de que ha servido a la horda de su Estado Mayor, aprovechando sus cualidades de políglota. Ramón Iglesias era aquel joven lector de lengua española en la hiperbórea universidad sueca de Góteborg, a quien Giménez Caballero había dirigido una famosa carta abierta en 1928 ó 1929, incitándole a una tarea fascista o fajista, unificadora. Vuelto a España, su entusiasmo exaltado perduró poco tiempo, pues había de alejarse de nosotros por sugerencias del Centro de Estudios Históricos y por vagas veleidades comunistas”. Ramiro agregaba que “formaba parte del grupo con un entusiasmo infantil, que demostró en las calles distribuyendo el manifiesto político que precedió a la salida del periódico. Iglesias era un muchacho grandullón, muy exaltado, que a los pocos meses se hizo comunista y hasta, al parecer, atravesó un periodo de salud mental difícil en un sanatorio”.

De Roberto Escribano Ortega, el último de los firmantes, Aparicio decía que “era el más reaccionario del equipo, aunque me confesó que su primera comunión la había ofrecido en sufragio del alma de Napoleón Bonaparte”, lo que debió llegarle al alma a Don Juan ya que siempre fue un emocionado admirador del Emperador. En su semblanza de Escribano añadía: “Conocimos a Escribano Ortega por recomendación de Rafael Sánchez Mazas y aficionados ambos a la genealogía y al blasón, había discutido sobre la heráldica tradicionalista enfeudado a sus tierras de Pampliega, jamás perdió el contacto con los que permanecemos fieles a Ramiro y fue el primero que dibujó el escudo de las J.O.N.S; esto es, las flechas yugadas”. Ramiro Ledesma añadiría poco más: “muchacho muy piadoso, de educación medio integrista, monárquico enfeudado, como decía a todas horas, que iba mucho por el periódico, aún mostrándose disconforme y en absoluto desacuerdo con él”.

Y Juan Aparicio López, periodista de la Escuela de *El Debate* que sería Director General de Prensa en tiempos de Franco, director-fundador de la Escuela Oficial de Periodismo y promotor de numerosas publicaciones, entre ellas *El Español*. De Juan Aparicio, Ramiro diría: “Semanas antes de la aparición de *La Conquista del Estado* conoció Ledesma a Juan Aparicio, que se debatía en la sima comunista, pugnano por entrar en ella, pero no

pasando nunca de la puerta, en parte por su timidez de poeta y de escritor formidable, en parte también por las vacilaciones que originaba en él su magnífica sensibilidad de español y de patriota. Aparicio pasó a *La Conquista del Estado* como secretario de redacción y fue, hasta el final, una de sus mejores plumas”.

Presentado todo el equipo, con las palabras de los principales protagonistas del grupo, era evidente su falta de madurez, el atropellamiento e improvisación que les reunía. De otra forma sería inconcebible que, a poco de empezar, la mayoría de ellos abandonasen para tomar partido en otras banderas. De los once firmantes del manifiesto, sólo Juan Aparicio, Ernesto Giménez Caballero y Manuel Souto Vilas mantuvieron su identificación con la empresa que proponía Ramiro. Otros dos siguieron vinculados a la revista, aunque sin estar de acuerdo con las tesis expuestas en ellas, Bermúdez Cañete y Roberto Escribano. Los cinco restantes, se fueron...

El Manifiesto Político que aparecía en el primer número de la revista, el 14 de marzo de 1931, ya había sido difundido en la calle con anterioridad. En su preámbulo decía: “Un grupo compacto de españoles jóvenes se dispone hoy a intervenir en la acción política de un modo intenso y eficaz. No invocan para ello otros títulos que el de una noble y tenacísima preocupación por las cuestiones vitales que afectan a su país. Y desde luego la garantía de que representan la voz de estos tiempos y de que es la suya una conducta política nacida de cara a las dificultades actuales. Nadie podrá eludir la afirmación de que España atraviesa hoy una crisis política, social y económica tan honda que reclama ser afrontada y resuelta con el máximo coraje. Ni pesimismo ni fugas desertoras deben tolerarse ante ella. Todo español que no consiga situarse con la debida grandeza ante los hechos que se avecinan, está obligado a desalojar las primeras líneas y permitir que las ocupen falanges animosas y firmes”.

“La primera gran angustia que se apodera de todo español —continuaba el documento— que adviene a la responsabilidad pública es la de advertir como España —el Estado y el pueblo español— vive desde hace casi tres siglos en perpétua fuga de sí misma, desleal para con los peculiarísimos valores a ella adscritos, infiel a la realización de ellos y, por tanto, en una autonegación suicida de tal gravedad que la sitúa en las lindes mismas de la descomposición histórica. Hemos perdido así el pulso universal. Nos hemos desconexionado de los destinos universales, sin capacidad ni denuedo para extirpar las miopías atroces que hasta aquí han presidido todos los conatos de resurgimiento. Hoy estamos en la más propicia coyuntura con que pueda soñar pueblo alguno. Y como advertimos que los hombres de la política usual —monárquicos y republicanos—, las agrupaciones que los siguen y los elementos dispersos que hasta aquí han intervenido en las elaboraciones decisivas, no logran desligarse de las mediocres contexturas del viejo Estado, nosotros, al margen de ellos, frente a ellos, mas allá que ellos, sin división lateral de derechas e izquierdas, sino de lejanías y de fondo, iniciamos una acción revolucionaria en pos de un Estado de novedad radical”.

Este Manifiesto inicial de *La Conquista del Estado* fue redactado por Ramiro Ledesma Ramos como también la mayoría del material que publicó sucesivamente la revista, lo que, sin duda, le dio la unidad doctrinal que constituía su principal atractivo y su fuerza. Juan Aparicio dijo: “Así, *La Conquista del Estado* resulta la obra personal de un solo hombre, porque ni mis artículos, inflamados por un lirismo casi religioso, ni la prosa desenfadada y escrutadora de Giménez Caballero, ni el clamor rural que nos comunicó Teófilo Velasco, el párroco de Valdecañas del Serrato, ni los ensayos de política económica de Bermúdez Cañete, ni la “Imprecación en la hora decisiva” de José María Salaverría —colaboración única que conserva *La Conquista del Estado* de los escritores contemporáneos—, ni las otras aportaciones de los demás camaradas, pueden compararse con la maciza y sólida estructura de la doctrina nacional-sindicalista de Ledesma”.

Resulta impresionante la tenacidad de Ramiro, obligado a la apertura y difusión de ideas casi en solitario, sin el apoyo solidario más que de un cortísimo número de correligionarios. “No se desanima Ledesma nunca, en las peores y adversas circunstancias, —decía

Aparicio— ya que su alma era una erecta espada de acero, un eje diamantino inflexible, una hoguera vivaz y enardecida, aunque su rostro magro y frío se presentaba enérgicamente impasible. Fundador y animador como San Pablo, la misma brasa le consumía las entrañas, y San Pablo fue la postrera imagen optativa de su vida terrena, cuando dialogaba con Ramiro de Maeztu, en el patio de la cárcel de las Ventas”, en las vísperas de su asesinato en los primeros días de la guerra civil.

En el punto primero del Manifiesto Político se hacía la afirmación de que “Todo poder corresponde al Estado”, añadiendo, en el punto 4º “Es un imperativo de nuestra época la superación radical, teórica y práctica del marxismo”. En el punto 10º se decía que era necesaria la “Extirpación de los focos regionales que den a sus aspiraciones un sentido de autonomía política”. Con relación al nuevo orden socio-económico que propugnaban, el punto 12º afirmaba que había que ir a la “Estructuración sindical de la economía”, a la “Potenciación del trabajo” (punto 13º) y a la “Expropiación de los terratenientes” (punto 14º).

Para pertenecer a este movimiento, que se pretendía estructurar a partir de la revista, era necesario tener menos de 45 años y más de 18, porque necesitaban “jóvenes equipos militantes, sin hipocresía frente al fusil ni a la disciplina de guerra, ya que nacemos —decían— con cara a la eficacia revolucionaria”.

Santiago Montero Díaz, en el largo prólogo que escribió para la edición de los *Escritos filosóficos* de Ledesma, cuenta como, “a fines del año 1930, se verifica la honda y decisiva transformación” en la vida de aquel intelectual universitario. Montero Díaz añadía que Ledesma Ramos impondría, desde esa época, “un fuerte viraje a su vida y se lanza a la acción política”.

Ahora bien: Ramiro Ledesma Ramos necesitaba medios económicos para la ambiciosa tarea que se había propuesto. Este problema sería, a lo largo de los años, su freno y su limitación, incluso un condicionamiento importante que le obligaría a muchas de las cosas que empañaban la claridad de sus planteamientos iniciales. Stanley G. Payne aporta, sin citar fuente, lo que hace presumir que procedía de su propia investigación, lo siguiente: “Lo que más falta les hacía era dinero. Ledesma había conseguido sacar su publicación (*La Conquista del Estado*) gracias a un donativo procedente de los fondos para propaganda monárquica del gobierno del almirante Aznar, que precedió a la caída de la Monarquía. Al parecer, los informadores políticos de Aznar creían poder utilizar al grupo de Ledesma para crear una división entre los intelectuales liberales” ¿Hasta dónde fue así? Lo que sí es seguro es que la revista no podía sufragar sus gastos tan sólo con el importe de la venta callejera de ejemplares.

En todo caso, como todos los grupos revolucionarios de la Historia, también aquel incipiente movimiento juvenil, parco de medios materiales, tuvo que abrirse camino merced, sobre todo, al trabajo, las ideas nuevas, la preparación y la tenacidad de sus hombres. *La Conquista del Estado* fue el intento precursor de lo que, mas tarde, serían las J.O.N.S. De ellos, diría José Antonio, en 1934, que: “Fueron la primera guerrilla del estilo nuevo, los gallos de marzo que cantaron escandalosos y aguerridos la gentil primavera de las Españas”.

En aquel marzo de 1931, José Antonio era, tan sólo, un abogado joven, el hijo del Dictador, comprometido en la defensa de su padre, vinculado a quienes salían de la Unión Patriótica para constituir la Unión Monárquica Nacional.

[Del libro inédito del sindicalista Ceferino Maestú, “Los Enamorados de la Revolución”. Reproducido en el cuaderno “Ramiro Ledesma. Centenario”, entregado a los asistentes a la cena organizada en homenaje al revolucionario zamorano, que se celebró en Madrid, el día 23 de mayo de 2005, y que estuvo organizada por la madrileña “Cofradía de la Cuchara de Hierro”.]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»

>SECCIÓN SOBRE RAMIRO

>DOCUMENTO N. 87